

## El genitivo en *-īus* de la flexión pronominal latina

Pedro Manuel Suárez-Martínez<sup>1</sup>

Recibido: 7 de julio de 2022 / Aceptado: 3 de noviembre de 2022

**Resumen.** El genitivo de los tradicionalmente llamados pronombres presenta una extraña forma en *-īus*, con una *-ī-* que parece resistir a la abreviación, al menos en latín arcaico, a pesar de encontrarse ante vocal. Tal anomalía se ha tratado de explicar mediante la formulación de diversas teorías, aunque casi siempre de forma insatisfactoria. De todas ellas, nos parece que la ofrecida por A. Tovar, la de que se trataría de una antigua forma de genitivo en *-ī-* hipercharacterizada con la desinencia de genitivo *-os*, es la más acertada, aunque este autor señale que su punto débil es que no puede «alegar ninguna prueba concluyente para explicar la conservación de la *-ī-* intervocálica».

Por nuestra parte, partiendo de esta última teoría, intentaremos ofrecer paralelos de conservación de la *-ī-* intervocálica en latín, que no acierta a alegar Tovar, y explicar los distintos tratamientos de esa *-ī-*, pues no en todas las formas consideradas ni en todas las etapas del latín se comporta del mismo modo.

**Palabras clave:** latín; genitivo; pronominal; *-īus*.

### [en] The Genitive in *-īus* of the Latin Pronominal Inflection

**Abstract:** The genitive of the traditionally so-called pronouns presents a weird form in *-īus*, with an *-ī-* that seems to resist abbreviation, at least in archaic Latin, despite it being placed before a vowel. Such an anomaly has been tried to be explained by formulating various theories, although unsatisfactorily in most cases. Among them, it seems to us that the explanation offered by A. Tovar, namely that it would be an old form of genitive in *-ī-* hypercharacterized with the genitive ending *-os*, continues to be the most accurate, although this author points out that its weak point is that he cannot «adduce any conclusive evidence to explain the conservation of intervocalic *-ī-*».

For our part, starting from this last theory, we will try to offer parallels of conservation of the intervocalic *-ī-* in Latin, that Tovar fails to allege, and to explain the different treatments of that *-ī-*, since it does not behave in the same way in all the forms considered nor in all the stages of Latin.

**Keywords:** Latin; genitive; pronominal; *-īus*.

**Sumario:** 1. El problema y sus explicaciones. 2. La propuesta de A. Tovar. 3. Una matización y una explicación a la conservación de *ī* intervocálica en el modelo *huius*. 4. Otras evidencias del tratamiento latino de *-ī-* intervocálica. 5. Las formas del tipo *illius* y los problemas métricos. 6. Conclusiones.

**Cómo citar:** Suárez-Martínez, P. M. «El genitivo en *-īus* de la flexión pronominal latina», *Cuad. Filol. Clás. Estud. Lat.* 42.2 (2022), 161-170.

<sup>1</sup> Universidad de Oviedo.

Correo electrónico: [pmsuarez@uniovi.es](mailto:pmsuarez@uniovi.es)

## 1. El problema y sus explicaciones

Algunos de los tradicionalmente llamados pronombres presentan en latín la característica de una terminación de genitivo en *-iūs*, válida para los tres géneros. Así ocurre en los demostrativos *hic*, *iste*, *ille*, los fóricos *is*, *idem*, *ipse*, el relativo-interrogativo-indefinido *qui/quis* y sus compuestos y en varios indefinidos, como *ullus*, *uter*, *neuter*, *totus*, *alius* y otros.

Todas estas formas suelen dividirse en dos grupos, según que esa terminación vaya precedida de vocal, como en *cuius*, *huius*, *eius* y compuestos, o de consonante, como en *illius*, *istius* y todas las demás.

El origen de la desinencia en cuestión es oscuro, especialmente por la presencia de esa *-ī* larga que se mantiene larga, a pesar de preceder a otra vocal, cosa que, como es sabido, constituye una excepción en latín, donde suele verificarse el principio de que una vocal ante otra vocal, si no lo es, se abrevia (*uocalis ante uocalem corripitur*). Tal cantidad larga se atestigua, por supuesto, en la métrica, pero también en comentarios de autores clásicos y gramáticos, además de reflejarse en inscripciones mediante el uso de dobles grafías para esa *-ī*, como en EIIVS (CIL 3, 11816) o en HVIIVS (CIL 2, 2102).

Las explicaciones del fenómeno ofrecidas por los estudiosos son diversas. Así, P. Monteil (1992, 267, 270 y 273) estima que la más simple es suponer un origen en la forma de relativo *\*k<sup>w</sup>ey-os*, que evolucionaría a *cuius*; la cantidad larga de la *-ī* sería una «geminación facultativa» que se habría extendido a los demás pronombres, empezando por *eius*, con el que el relativo guarda una estrecha vinculación.

También se ha considerado la posibilidad de que el genitivo *cuius* fuera la reinterpretación como tal genitivo de un antiguo nominativo *cuius*, *-a*, *-um*. Ahora bien, como subraya M. Leumann (1977, 477), para que tal hipótesis fuera plausible, cabría haber esperado que se desarrollaran en latín formas análogas como *\*huius*, *-a*, *-um*, lo que no ocurre. Lo más probable es que sea ese relativo nuevo en nominativo el que proceda del propio genitivo antiguo.

A. Ernout (1974, 82 ss.) sugiere, por un lado, que *eius* procede de una raíz *\*ei* a la que se añadiría la desinencia de genitivo *-os*; pero, por otro lado, al tratar de la forma *huius* (1974, 91), señala que «proviene de *\*hoiios* > *\*hoiūs* (...) como *eius* proviene de *eiūs*», algo muy distinto de lo anterior. No aclara, pues, de dónde sale la *-ī*, más allá de señalar que el hecho de que a veces la raíz de *eius* se mida larga implicaría una pronunciación [ei-yus], que es la que reflejan las grafías de las inscripciones. Las demás formas, como *illūs* o *istūs*, las considera salidas de *\*illeius*, *\*isteius*, a comparar con *eius*; pero tal comparación implica una monoptongación en *-ī*, cuando esperaríamos que se mantuviera la analogía.

J. Molina Yébenes (1992, 122), por su parte, considera que *huius* y *cuius* proceden respectivamente de *\*hoy-os* y *\*quoi-os* (1992, 127), lo que no explica la *-ī*, mientras que *eius* vendría de la «antigua formación adverbial *\*eī* con la *ī* que se transformó en genitivo, más *\*-ōs* > *-ūs*». La *-i-* se pronunciaría geminada y alargaría «la vocal precedente en algunas escansiones» (1992, 125). Y los tipos *istius* e *illius* (1992, 124 s.) estarían formados a partir de un antiguo genitivo en *-ī*, atestiguado, al que, siguiendo una hipótesis de A. Tovar, que enseguida veremos, se habría añadido otra terminación de genitivo *-us*.

Ninguna de estas soluciones satisface a todos los lingüistas, de suerte que la hipótesis más aceptada hoy en día es la que, partiendo de las formas del a. i. *asya*,

*kasya*, postula una terminación indoeuropea \**e-syo-s*, \**k<sup>w</sup>e/o-syo-s*, que en latín evolucionaría a *-tū* con la adición de una *-s* de genitivo. Tal es la explicación que, más recientemente, han defendido autores como G. Meiser (1998, 162), M. Weiss (2009), G. E. Dunkel (2014)<sup>2</sup> o, entre nosotros, J. A. Beltrán (1999, 113 y 116).

El problema de esta teoría, parecida a la pionera de F. Sommer (1902, 471 s.), quien hacía proceder la desinencia de ambas formas de antiguos \**quoisios* y \**eisios*, reside en que no existen en latín paralelos del tratamiento de *-sy-* con resultado de *-t-*, lo que la convierte en una hipótesis, por así decirlo, *ad hoc*<sup>3</sup>.

## 2. La propuesta de A. Tovar

Así las cosas, creo que merece la pena rescatar del olvido una original hipótesis de la que ya en su tiempo se hizo eco Leumann (1977, 477), pero que ha pasado desapercibida a la mayor parte de los lingüistas. Se trata de la del ya aludido A. Tovar (1947), quien considera que los dos tipos *huius* e *illius* son inseparables y deben recibir una explicación conjunta (1947, 20). Consiste esta en considerar que la *-t-* de estos genitivos sería la misma *-t-* que aparece en los genitivos de los nombres de la segunda declinación, hipercaracterizados con una terminación de genitivo en *-os*, que es la misma que debió de competir con el genitivo en *-es* de la tercera. Esa *-t-* se encuentra abundantemente atestiguada en formas arcaicas del tipo precedido por consonante, como *istī-modi*, *illī-modi*, etc., con género común a masculino y femenino, lo que probaría su antigüedad. El mantenimiento de la *-t-* ante vocal se debería a la «conciencia de que en *illīus*, *aliūs*, etc. estaba un gen. en *-t-*» y justamente esa conciencia «es lo único que pudo mantener ante vocal y con una constancia excepcional la cantidad larga de la *-i-*» (*ibid.*).

Y eso mismo, aunque de un modo un tanto más confuso, lo hace valer para las formas precedidas por vocal, donde habría que pensar en un primitivo genitivo \**cuī<sup>t</sup>*, \**eī*, \**huī*, con un tratamiento distinto de las otras, resultante de su distinta posición:

La *i*, que quedó intervocálica, no desapareció, como hubiera pasado de ser *i* breve. La geminación de la *yod* intervocálica que por cualquier razón no cae en latín es espontánea, y sucede todavía muy tarde en casos como *Trōia* (en realidad *Troiia*) de *Tpoía*, *Áiax* (*Aiiax* según *VEL.Gramm.* 7.54.16) (Tovar, 1947, 21).

El mantenimiento de la *-t-* intervocálica se debería, entonces, según Tovar, a que los «supuestos genitivos \**cuī*, \**eī*, \**huī* eran sentidos como tales, aun después de haber recibido la desinencia hipercaracterizada en *-os*». De haber sido breve, en

<sup>2</sup> Weiss (2009, 351) y Dunkel (2014, II 186, 456) siguen postulando esa raíz como responsable de las formas latinas *eīus*, *cuius*, pero no las ponen en relación con las del tipo *illius*. Uno y otro relacionan *cuius* con el osco *púiiēh*; además, Weiss se pregunta si es una asimilación independiente de \**-si-*, lo que sería un caso único; y supone (2009, 339) que *eīus* podría reflejar un estadio protoindoeuropeo, si procediera de \**esios*, lo que no puede demostrar.

<sup>3</sup> El tratamiento normal es el que encontramos en formas como *Numasioi* que evoluciona a *Numerio*. Beltrán (1999, 116), con todo, considera que la evolución *-sy-* > *-ii-* es «esperable a tenor de la evolución fonética de los grupos *-gy-* y *-dy-*».

<sup>4</sup> En este punto, Tovar menciona el genitivo *cuicuique* que aparece en Cicerón en varios pasajes, como, por ejemplo, en *Cic.Leg.* 2.5.

efecto, esa *-i-* habría desaparecido, según comprobamos en otros casos, como en la formación del nominativo de plural \**ciue-i-es* > *ciuēs*.

Lo que causa sorpresa en esta teoría es la dificultad que el propio Tovar plantea a la explicación de las formas del tipo *huius* cuando dice: «Reconozco que no puedo alegar ninguna prueba concluyente para explicar la conservación de la  $\bar{i}$  intervocálica», aunque, a renglón seguido añade que «tampoco se me podría alegar ningún caso de pérdida de una  $\bar{i}$  intervocálica» (1947, 22).

Pues bien, partiendo de la idea de que esta hipótesis de Tovar es la más satisfactoria, me propongo a continuación hacer una matización menor a su planteamiento y, especialmente, hacer ver que esa dificultad que él plantea a su propia teoría no lo es, en realidad, pues existe una explicación que justifica la conservación de la  $\bar{i}$  intervocálica, verificable, además, en otros testimonios semejantes, propiamente latinos, hasta ahora no tenidos en cuenta.

### 3. Una matización y una explicación a la conservación de $\bar{i}$ intervocálica en el modelo *huius*

La matización que debemos hacer a la teoría de Tovar se refiere a su afirmación de que el mantenimiento de la  $\bar{i}$  tras la hipercharacterización de la forma pudo deberse a que aún era sentida como terminación de genitivo. Y debemos matizarla, porque lo lógico sería que tal hipercharacterización se produjera por la razón contraria, es decir, porque hubiera dejado de sentirse esa  $\bar{i}$  como desinencia de genitivo en esas formas.

Por otra parte, nos parece que la ocasión de su extensión a todas las formas pronominales debió de partir del contexto en que esa  $\bar{i}$  estaba precedida de vocal y no del contexto en que iba precedida de consonante, justamente porque el hecho de aparecer entre vocales es el que mejor propiciaba su mantenimiento.

En efecto, cuando antes decía que la explicación que Tovar ofrece de las formas que conservan la  $\bar{i}$  intervocálica es un poco confusa, me refería al comentario que hace, como de pasada, para justificar la conservación de la *-i-* breve intervocálica, justo donde esperaríamos que desapareciera. Alude entonces a palabras como *Troia* o *Aiax*, y comenta que «La geminación de la yod intervocálica que por cualquier razón no cae en latín es espontánea» (1947, 21)<sup>5</sup>.

Pero me temo que la elección de estas palabras es muy poco acertada, porque son transcripción de las correspondientes griegas *Τροία*, *Αἴαξ*, a las que podemos añadir *Μαία*, según testimonio de los gramáticos<sup>6</sup>. Tales palabras griegas tienen una prosodia, normalmente, consistente en dos sílabas largas: la primera formada por los diptongos *oi*, *ai*, respectivamente, y la segunda por la  $\alpha$  larga y la sílaba larga  $-\alpha\xi$ . Estimo que, cuando Cicerón escribe *Troiia*, *Aiiix* o *Maiia*, lo que está intentando es reproducir una

<sup>5</sup> Por su parte, M. Niedermann (1959, 105) asegura que «*j* à l'intérieur du mot entre deux voyelles équivalait, dans la prononciation, à *-jj-*», como si también fuera espontánea esa geminación, pese a las trazas que, no tanto esa pronunciación, como indica (1959, 106), sino el propio origen fonético, como veremos, de las palabras implicadas, deja, por ejemplo, en italiano: *maggiore*, *peggiore*.

<sup>6</sup> VÉL. *Gramm.* 7.54.16 s. in *plerisque Cicero uidetur auditu emensus scriptioem, qui et Aiiacem et Maiiam per duo i scribenda existimauit*; QVINT. *Inst.* 1.4.11 *sciat (grammaticus) Ciceroni placuisse aiio Maiiamque geminata i scribere*.

prosodia equivalente a la griega, de suerte que la primera sílaba, al menos, salga larga. De seguir las reglas de silabación normales en latín, ambas sílabas serían breves, especialmente la primera, con una pronunciación [trō-ya]. La pronunciación de la primera sílaba a la griega [troi-ya], con ese «otro diptongo»<sup>7</sup> secundario *oi*, formado gracias a la siguiente *-i*-consonántica, es lo que propicia que esa primera sílaba pueda pronunciarse larga. Así lo confirma la métrica, por ejemplo, en el primer verso de la Eneida donde se mide *Troiae* con dos sílabas largas: [troi-yaē].

Los ejemplos propuestos, por tanto, no son adecuados; y, por el tratamiento que recibe la *-ī-* entre vocales, tampoco puede decirse que la geminación de la *i* sea en ellos «espontánea», como afirma Tovar, o «facultativa», como opina Monteil.

De igual modo, tampoco puede decirse que esa geminación sea espontánea en otras palabras propiamente latinas cuya grafía contiene solo una *-i-* intervocálica habitualmente, pero cuyo origen y pronunciación revelan que contienen dos *ies* con un tratamiento semejante. Se trata de *maior*, *peior* y *aio*. La primera forma, *maior*, procede de *\*māg-yos*, con asimilación regresiva y alargamiento, en consecuencia, como recuerda Monteil (1992, 91), de la sílaba inicial por «posición», aunque en realidad lo sea más por contener el diptongo secundario *ai*, gracias a la *i* consonántica que sigue. De ahí la pronunciación [mai-yor] comúnmente admitida, y la escansión métrica con la primera sílaba *mai-* larga, por contener diptongo, en vez de [\*mā-yor], sin diptongo, que implicaría una primera sílaba breve. Parecida cosa cabe decir de *pēior*, procedente de *\*pēd-yos*, con una pronunciación [pei-yor], y de *aio*, procedente, parece, de *\*ag-io*, y pronunciado igualmente [ai-yo], que implica una primera sílaba larga, a resultas del nuevo diptongo secundario *ai* que contiene la primera sílaba.

Pues bien, palabras como estas revelan cómo es el tratamiento latino de las *-ī-* intervocálicas, a pesar de que su origen sea distinto al de la *-ī-* de las formas pronominales. En efecto, si es cierto, como sugiere J. L. Moralejo (1981-82 y 1991), que, en latín, una vocal larga es una especie de diptongo compuesto por dos vocales breves del mismo timbre y una pronunciación tautosilábica, lo que tendríamos en los contextos en que esa vocal larga aparece entre vocales sería una *uocalium distractio*, en la que el primer elemento de la *-ī-* se pronunciaría con la sílaba precedente y el segundo con la siguiente. De este modo, al igual que en *maior*, *peior* y *aio* se pronunciaba [mai-yor], [pei-yor], [ai-yo], así también en *eius*, *huius*, *cuius* tendríamos una pronunciación [ei-yus], [hui-yus], [cui-yus], como sugiere de nuevo Moralejo (2021, 59), y atestigua abundantemente la escritura epigráfica en formas como EIIVS o HVIIVS. La geminación, pues, de *-i-* en estas formas no sería espontánea.

#### 4. Otras evidencias del tratamiento latino de *-ī-* intervocálica

Pero no son estos los únicos contextos que podemos aducir para probar la persistencia de la *-ī-* intervocálica y el tratamiento fonético descrito. En los nombres latinos cuyo nominativo termina en *-ius*, como *Valerius*, *Pompeius*, *filius*, es sabido que el vocativo presenta una *-ī*, cuyo origen es muy controvertido, por no decir desconocido. En otra parte (Suárez-Martínez 2017) ya sugerí que tal vez no hiciera falta buscar derivaciones extrañas para explicar esa sorprendente *-ī* de vocativo, que resulta ser

<sup>7</sup> Así llama J. L. Moralejo (2021) a diptongos como este, ocultos en grafías simples, pero cuya pronunciación, como veíamos en la nota anterior, revela una doble *-i-*.

el único caso que la exhibe en todo el paradigma<sup>8</sup>. Señalaba entonces que lo más probable es que esa *-ī* fuera antigua y no necesitara, por tanto, más explicación. El vocativo en *-ī* sería el habitual tema puro de la declinación; y podría tener su probatura en formas epigráficas arcaicas en *-ī* como *Caecīlīs* o *Mercūrīs* (Leumann 1977, 423), las cuales, como recuerda Monteil (1992, 188), desarrollan una declinación atemática con vocativo *Caecīlī* o acusativo *Caecīlīm*, que luego quedarían adscritas a la segunda declinación, mediante la adición de la consabida vocal temática: *Caecilius*, *Mercurius*.

Ahora bien, esa nueva adscripción no debió, por sí sola, abreviar la *-ī-* que recorre todo el paradigma. Su abreviación debió de ser más bien consecuencia del nuevo contexto fónico en que se encontraba. En efecto, al aparecer siempre ante otra vocal, la silabación normal del latín hizo que la *-ī-* se repartiera entre dos sílabas, de suerte que una quedaba en la precedente, como límite postnuclear, y la otra en la siguiente, como margen prenuclear: tendríamos entonces que pronunciar [Caecili-yus], [Valeri-yus], etc.; es decir, quedaba en la posición en la que se dice que *uocalis ante uocalem corripitur* o, como describe mucho mejor Moralejo (1991), *distrahitur*. Solo en el vocativo la *-ī* no iba seguida de otra vocal, como tema puro que era, razón por la cual permaneció siendo larga, como siempre había sido<sup>9</sup>.

Pues bien, si ahora trasladamos la situación de estos nombres a otros semejantes, pero en los que la terminación está precedida por una vocal, como en *Pompeius*, *Gaius*, *Vulteius* o *plebeius*, entenderemos muy bien por qué Prisciano (*G.L.* 2,302,19) afirmaba esto:

Pues aquellos (los antiguos) solían poner una *i*, no solo al principio, sino al final de una sílaba, en la posición de una consonante; y eso lo encontrarás en los escritos más antiguos, cuantas veces se ubica entre dos vocales, como en *eiius*, *Pompeiius*, *Vulteiius*, *Gaiius*, lo que confirman también todos los que han escrito con detalle a propósito de esta letra<sup>10</sup>.

Es claro que se refería a que una *-ī-* entre vocales, o sea, la del tema de esos nombres propios y la del genitivo *eius*, se pronunciaba *distracta* entre dos sílabas, como si fuera una consonante en margen pre- y postnuclear. Y es justamente el tratamiento silábico que reciben estas *-ī-* latinas y etimológicas entre vocales la prueba que no encontraba Tovar para explicar su conservación. Y, aunque en la grafía común solo se escribiera una *I*<sup>11</sup>, la epigrafía nos ha dejado abundantes muestras de su representación con dos íes, como en POMPEIIA (CIL2.4027); POMPEIIVS (CIL2.1076); SABINEIIVS (CIL5.6885); OPETREIIAE (CIL9.1783); FEIIVS (CIL8.24429); etc.

<sup>8</sup> Para la forma de genitivo, *uid.* Suárez-Martínez (2017, 100).

<sup>9</sup> Sobre la distinta *-ī* final del genitivo, *uid.* Suárez-Martínez (2017, 99).

<sup>10</sup> *Nam solebant illi non solum in principio, sed etiam in fine syllabae ponere i loco consonantis, idque in uetustissimis inuenies scripturis, quotiens inter duas uocales ponitur, ut 'eiius', 'Pompeiius', 'Vulteiius', 'Gaiius', quod etiam omnes, qui de littera curiosius scripserunt, affirmant.*

<sup>11</sup> Sobre estas deficiencias gráficas, *uid.* Moralejo (2021, 61).

## 5. Las formas del tipo *illius* y los problemas métricos

Dicho esto, también afirmábamos que el mantenimiento de la *-ī-* intervocálica de las formas del tipo *eius* debió de extenderse a las formas del tipo *illius*. La razón, añadimos ahora, es que en estas últimas el mantenimiento debió de ser mucho más artificial, como lo prueba el hecho de que en los textos poéticos no siempre la *-ī-* de estos genitivos se mantiene como tal, larga. Es más, hay incluso formas que tienden a ser siempre breves, como *alterius*, mientras que otras aparecen unas veces con *-ī-* y otras con *-ĭ-*.

Las del tipo *illius* son las que más variedad presentan. Así, por ejemplo, en LVCR.1.960, encontramos que *nullius* presenta la *-ī-* larga:

ēxtrēmūm pōrrō nullīūs pōssē uīdētūr<sup>12</sup>

mientras que, en 1.224, la misma forma se muestra con *-ĭ-* breve:

nullīūs ēxītīūm pātītūr nātūrā uīdērī.

Lo mismo ocurre con la forma *illius*, por ejemplo, en Virgilio. Unas veces nos muestra una *-ī-*, como en VERG.*Aen.*2.361:

quīs clādem īllīūs nōctīs, quīs fūnērā fāndō

y otras veces nos la muestra breve, como en VERG.*Aen.*1.16:

pōsthābītā cōlūīssē Sāmō. hīc īllīūs ārmā

Pues bien, ¿cómo es esto posible? ¿Pueden ser las cantidades silábicas breves o largas *ad libitum poetae*? La respuesta a esta pregunta la tenemos en un pasaje de Quintiliano (QVINT.*Inst.*1.5.18) que dice así:

Pues si fuese discurso en prosa, sería lícito pronunciar las mismas letras en sus sílabas. Además, las (faltas) que se cometen por la medida, ya sea cuando una sílaba breve se alarga, como en *Italiam fato profugus*, ya sea cuando una larga se abrevia, como en *unius ob noxam et furies*, no las saques fuera de la poesía, pero tampoco en la poesía han de ser tenidas como faltas<sup>13</sup>.

En efecto, Quintiliano alude a las licencias métricas que pueden hacer que en determinados contextos poéticos una misma sílaba se pronuncie unas veces larga, otras veces breve. Pero esto, como ya subrayé en otra ocasión (Suárez-Martínez 2014), no puede ocurrir con cualquier sílaba, sino solo con aquellas en las que el cambio de cantidad no provoque cambios morfológicos. Es decir, no cabe esperar en que una palabra como *rosa* seguida de consonante la sílaba final sea indistintamente larga o

<sup>12</sup> Obviamente, en estas representaciones métricas indicamos la cantidad silábica, no la vocálica.

<sup>13</sup> *Nam si esset prosa oratio, easdem litteras enuntiare ueris syllabis licebat. Praeterea quae fiunt spatium, siue cum syllaba correpta producitur, ut 'Italiam fato profugus' seu longe corripitur, ut 'unius ob noxam et furies', extra carmen non deprendas, sed nec in carmine uitia ducenda sunt.*

breve, pues de que sea larga o breve se derivará que se interprete como nominativo o como ablativo. En cambio, en una palabra como *amor* poco importa que la cantidad de la última sílaba sea larga o breve, ya que siempre se entenderá como nominativo.

Si nos vamos al interior de las palabras, la situación es todavía más clara. Ya sea como una licencia puramente métrica, con uso arbitrario de una cantidad por otra sin justificación, ya sea fruto de una silabación especial, a veces puede ocurrir que donde esperamos una sílaba larga aparezca una breve y viceversa. Y eso es lo que nos dice Quintiliano. En el caso concreto de *unius*, la *-i-* será larga, si se respeta la silabación original y más extraña a la silabación latina, es decir, [u-nĩ-us], pero será breve si se pronuncia de acuerdo con las reglas normales de esa silabación y se sigue la tendencia a la abreviación de las vocales largas ante otra vocal. En este caso, como explica Moralejo, la vocal no se abrevia propiamente, sino que se reparte entre dos sílabas (*distrahitur*); la pronunciación sería [ú-nĩ-yus]. Como quiera que sea, larga o breve, la forma es única e imposible de confundir con otra, lo que propicia la licencia.

Y precisamente porque las formas del tipo *eius*, pronunciado [ei-yus], con la primera sílaba larga, se acomodaban bien al modelo normal de silabación latina, su tratamiento métrico es unánime, siempre compuesto por dos sílabas, de las que la primera será larga. En todo caso, aparecen muy pocas veces, al punto de que puede incluso afirmarse que algunos poetas las evitan. Por ejemplo, en Virgilio no aparece *eius*, aunque sí nombres terminados en *-eius*, como *Pompeius*, *plebeius*, *peius* o *Petreius*. El tratamiento métrico de la primera sílaba siempre es el mismo y el que corresponde a la silabación latina, como hemos visto: larga, a pesar de ir seguida de vocal, porque lo que se mide, en realidad, como largo es el diptongo *-ei-* que precede a la *-i* consonántica subsiguiente. La pronunciación sería, pues, [pompei-yus], [plebei-yus], [pei-yus], [petrei-yus].

La escansión de *huius* y *cuius* es idéntica, bisilábica, y con la primera sílaba normalmente larga, por la formación del diptongo *-ui-* en la primera y la secuencia *-yus* en la segunda. La pronunciación, en consecuencia, es [cui-yus]. Así lo podemos ver, por ejemplo, en este verso de VERG. *Aen.* 6.634:

dī cūiūs iūrārē tīmēnt ēt fāllērē nūmēn

Es verdad, con todo, que en la evolución del latín esa *-i-* intervocálica, ahora semiconsonántica, tras diptongo *ai*, *ei*, *ui*, debió de seguir la tendencia de las vocales breves intervocálicas y desaparecer, de suerte que, en lugar de [pompei-yus], se pasara a pronunciar [pompe-yus]. Así se explicaría, quizá, que Prisciano considerara necesario aclarar cómo tenía que pronunciarse esa clase de palabras, para seguir el modelo clásico.

## 6. Conclusiones

A modo de conclusión, diremos que, en nuestra opinión, la forma más convincente de explicar el problemático genitivo en *-iūs* es la que sugirió Tovar en 1947: la *-ī* sería antigua e igual que la de genitivo de los nombres de la segunda declinación, hipercharacterizada con una segunda terminación de genitivo en *-us*. Que esa *-ī* en el tipo *illius* no abreviara ante vocal (salvo licencia métrica entre los poetas), se debería, no a la conciencia del hablante de que ahí había una terminación de genitivo

antigua, como sugiere Tovar, pues justamente la hipercharacterización se debería a la pérdida de esa conciencia, sino a su mantenimiento natural en las formas en que aparecía entre vocales, es decir, en las del tipo *eius*. En este último contexto fónico su pronunciación se habría acomodado a las reglas de silabación del latín, de suerte que la *-ī-* se habría distribuido entre dos sílabas ([ei-yus]). Este tratamiento conoce paralelos dentro de la propia lengua latina que Tovar no acertaba a encontrar; y no solo en palabras cuyo origen revela una doble *-i-* intervocálica, como *maius*, *peius* o *aio*, sino especialmente en los nombres en *-ius* precedidos de vocal, como *Pompeius*, *plebeius* o *Vulteius*, cuyo tema acaba en *-ī*, según se aprecia en sus vocativos, representantes del tema puro en *-ī*. Eso explica que en su pronunciación haya siempre dos íes, aunque distribuidas en dos sílabas contiguas [pompei-yus], y que la primera de ellas sea siempre larga, por formar diptongo.

La métrica latina confirma, por un lado, el mantenimiento de esa *-ī-*, seguramente por influencia de la *-ī-* de las formas del tipo *eius*, pero también, por otro, la tendencia de las formas del tipo *illius* a acomodarse a la silabación y pronunciación características del latín [illī-yus], de suerte que la *-i-* se realizaría breve, de acuerdo con el principio general de que una vocal larga ante otra vocal se distribuye entre dos sílabas y, por lo tanto, resulta breve en la primera de ellas.

## Bibliografía

- Beltrán, J. A. (1999), *Introducción a la Morfología Latina*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
- Dunkel, G. E. (2014), *Lexikon der indogermanischen Partikeln und Pronominalstämme*, Band II, Heidelberg, Universitätsverlag.
- Ernout, A. (1974), *Morphologie historique du latin*, París, G. Klincksieck.
- Leumann, M. (1977), *Lateinische Laut- und Formenlehre*, Múnich, C. H. Beck.
- Meiser, G. (1998), *Historische Laut- und Formenlehre der lateinischen Sprache*, Darmstadt, WBG.
- Molina Yébenes, J. (1992 (=1968)), *Iniciación a la fonética, fonología y morfología latinas*, Barcelona (ed. de E. Borrell Vidal), Universitat de Barcelona.
- Monteil, P. (1992), *Elementos de Fonética y Morfología del Latín*, traducción y actualización de C. Fernández Martínez, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Moralejo, J. L. (1981-82), «Sobre las vocales largas latinas», *Archivum* 31-32, 557-591.
- Moralejo, J. L. (1991), «*Vocalis ante uocalem: corripitur an distrahitur?*», en R. Coleman (ed.), *New Studies in Latin Linguistics*, Amsterdam-Filadelfia, John Benjamins, 35-45.
- Moralejo, J. L. (2021), «Los otros diptongos latinos», en L. Unceta Gómez, C. González Vázquez, R. López Grégoris y A. M. Martín Rodríguez (eds.), *Amice benigneque honerem nostrum habes. Estudios Lingüísticos en homenaje al profesor Benjamín García-Hernández*, Madrid, UAM Ediciones, 51-64.
- Niedermann, M. (1959), *Phonétique historique du latin*, París, G. Klincksieck.
- Sommer, F. (1902), *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung.
- Suárez-Martínez, P. M. (2014), «Caesura and Syllable Lengthening in Latin Hexameter», en C. Lehmann y C. Cabrilla (eds.), *Acta XIV Colloquii Internationalis Linguisticae Latinae*, Madrid, Ediciones Clásicas, 173-180.

- Suárez-Martínez, P. M. (2017), «Le vocatif en -ī de la deuxième déclinaison latine», *Pallas* 103, 95-102.
- Tovar, A. (1947), «Los genitivos en -ūs y la hipercaracterización en la morfología latina», *Humanitas* 1, 17-24.
- Weiss, M. (2009), *Outline of the Historical and Comparative Grammar of Latin*, Ann Arbor-New York, Beech Stave Press.